

y mirándose las caras enrojecidas de vergüenza y viéndose en tan gran número, decidieron nombrar á uno jefe, urdir bandera tricolor, negra, roja y amarilla, tomar el nombre de confederados evangélicos, y decir á sus señores que había concluido la vieja servidumbre para trocarse en plena y absoluta libertad. Inmediatamente después de reunidos, trazaron el memorial de sus agravios y la fórmula de sus aspiraciones en doce inmortales artículos. Implacablemente lógicos, deducían las consecuencias de las doctrinas luteranas, y encerraban sus pensamientos en una verdadera organización democrática. Pedían, pues, el nombramiento de los párrocos por sufragio universal del pueblo; y, una vez nombrados, la obligación en ellos de predicar el puro Evangelio, desceñido de toda tradición sobrepueta, por lo cual se ofrecían á pagar el diezmo eclesiástico, cual en los antiguos tiempos. Pero, en cuanto al diezmo feudal, protestaban que no lo pagarían jamás, sobre todo, el consistente en una parte de ganado. Redimidos por la Pasión de Cristo, iguales en derechos á todos los hombres, según la palabra del Evangelio, hijos de Dios y herederos de su gloria, debían romper todo yugo que en ellos quebrantara la integridad de su derecho, y obedecer, sí, porque sin obediencia las sociedades humanas no existen, pero obedecer á las autoridades nacidas de su elección y consagradas por su voto. Y puesto que al pobre se le ha vedado por la tiranía señorial coger las alimañas en la selva, los peces en el agua, las aves en el aire, como si Dios no le hubiese dado á él también dominio sobre las criaturas, exigían el derecho de caza y pesca, reservados hasta entonces á sus infames opresores. Los bosques habían pasado también, aquellos bosques en que se criaran á su guisa las primeras tribus germánicas, de manos del pueblo libre á manos del señorío feudal; y precisaba distinguir entre los adquiridos por compras legítimas ó por ilegítimas violencias, á fin de respetar aquellos y entregar éstos á los Municipios, para que los guardasen como bienes de aprovechamiento común, y surtiesen de pasto á las bestias y de leña á los hogares del pobre y oprimido jornalero. A estas quejas y á estas reclamaciones unían lo pesado de su servidumbre y lo necesario del alivio, la obligación gravosísima de trabajar por los demás y de ver, falta de los brazos de su jefe, en duelo y en miserias sus familias; las tasas sobre tierras y sobre trabajo, que les arrebatában hasta el indispensable salario; la parcialidad de los jueces, que los vejaban siempre y la avaricia de los voceros y abogados que de continuo los despellejaban; el paso de sus ahorros en el trance de la muerte, no á la viuda pobre y al huérfano desvalido, al señor voraz y al feudo ominoso; gravámenes abominables, cuyos remedios propuestos con una gran claridad, creían dimanados del Evangelio y dignos de unirse y consagrarse, no ya con la sangre de míseros y oprimidos siervos, con la sangre del mismo Jesucristo.

A cada paso y á cada instante saltan las analogías entre las revoluciones políticas y las revoluciones religiosas. Sucede en Alemania, á principios del siglo décimo-sexto, exactamente lo mismo que sucedía en Francia á fines del siglo décimo-octavo. La revolu-

ción comienza en la mente de los sabios que allí se llaman Erasmo y Reuclin, aquí Voltaire y Diderot; sigue por los caballeros, que allí se llaman como Hutten y aquí se llaman como Lafayette; continúa mágicamente por los Reyes hasta obligar á los Electores de Sajonia y Brandeburgo á proteger la reforma de Alemania y á los Monarcas Luis XVI y Carlos III á proteger la República en América; estalla en la palabra de oradores tan colorados como Lutero y Mirabeau; se extiende en dietas como la de Nuremberg y en asambleas como la de Versalles; y degenerando luego en tumulto, siembra la guerra, subleva en tropel á los siervos, abrasa los castillos, suscita combates homéricos, embriaga de ideas exageradas las inteligencias más serenas, impulsa con acelerados movimientos los corazones más tranquilos, y produce, hasta en el seno de las naciones, los sacudimientos epilépticos de la inspiración. No hay remedio, en esta hora suprema, los iniciadores se detienen, los apóstoles se arrepienten, los filósofos se extrañan del mismo alcance que han tomado las ideas por ellos despedidas; y nadie comprende ni las fatalidades inevitables de la naturaleza, ni las exigencias infalibles de la Historia, ni el movimiento muchas veces desordenado de los hechos, ni la contradicción que á la continua estalla en el seno de los humanos pensamientos, ni como esas exageraciones tan maldecidas, tan denostadas, sirven de límite á la inundación, de freno al excesivo impulso, de norma al proceder de los mismos profetas é innovadores; los cuales advertidos por esta revelación sangrienta, y escarmentados en esta apariencia dolorosa, suelen apresurarse con grande apresuramiento á fundar una nueva autoridad, á establecer una rigurosa disciplina, á crear las necesarias resistencias con el fin más ó menos deliberado de que estos grandes compuestos de elementos contrarios llamados naciones, no se desequilibren y no se ordenen, hasta predominar en ellos ora lo que tienen de social sobre lo que tienen de individual; ora lo que tienen de individual sobre lo que tienen de social, achaque propio de las épocas tristísimas en que dominan ó la anarquía ó el despotismo, igualmente antisociales é inhumanos. El verdadero jefe de la insurrección de los campesinos es el célebre Munzer. Como la vida entonces toma principalmente aspecto religioso, no hay necesidad de decir que el jefe de los campesinos es un jefe espiritual, y como jefe espiritual creíase, no solamente dotado del espíritu político necesario á una revolución, sino del Espíritu-Santo necesario á las místicas revelaciones del cielo. Así sentíase destinado á dar su sangre volatilizada en sus ideas á todos sus contemporáneos, produciendo con su palabra una vivaz llama, la cual esclareciera los entendimientos en su desarrollo progresivo y devorara esas escorias de lo pasado que oponen siempre obstáculos insuperables á la libertad. Si nosotros quisiéramos definir en pocas palabras este grande personaje histórico, llamaríamosle una pasión andando. Todas las ideas entran por su cerebro, después de transformadas en su sentimiento. Aborrece y ama como nadie; se engaña; se engaña profundamente, mas por amor á la verdad. Dígase lo que se quiera, el martirio purifica de tal suerte que no se atreve el historiador más impla-

cable, ni el verdugo más cruel á grandes severidades con un hombre que ha dado su vida por su idea. Munzer nació al pie de un castillo feudal, cuya sombra tendió sobre su cuna el horror del feudalismo y sobre su pecho el odio á las bárbaras instituciones feudales. A mayor abundamiento su pobre padre muere ahorcado de las señoriales horcas. La siniestra imagen del castillo y el recuerdo horrible del ahorcado acompañan todos los días de su vida y excusan hasta cierto punto la exageración de sus excesos. Munzer abrasaba á los demás en la hoguera terrible y voraz en que él mismo interiormente ardía; en la hoguera de una idea revolucionaria. Su precocidad parece un presentimiento de su muerte. A los quince años tomaba el doctorado en una universidad; y á los diez y seis decía misa en un convento. Sus enemigos refieren que ya entonces comenzaba claramente á revelar la compleción revolucionaria, pues decía misa y tomaba la comunión sin emplear, ni en rezos ni en consagraciones, las fórmulas litúrgicas. Al llegar á la edad, en que un impulso ciego le arrastra á la acción, recógese dentro de sí mismo, y pide fuerzas morales é inspiraciones religiosas á la soledad. Todo aquel que tiene una idea y la guarda para sí, para su engrandecimiento personal, y para su propia medra, seméjase á quien teniendo un grano de trigo para sembrar, lo guarda dentro del hueco de su mano, en vez de arrojarle sobre los surcos de la tierra. La idea del cristianismo progresivo, concebida por Joaquín de Flora, se apoderó del alma de Munzer, y animó toda su existencia. Coincide el Evangelio eterno con la decadencia del Pontificado, y se propone coger el látigo, con que Cristo flageló á los mercaderes en el templo, para castigar á los falsos sacerdotes, cuyos vicios y cuyos errores manchan las revelaciones pasadas é impiden las futuras revelaciones. El místico italiano, absorto como un profeta hebreo en la contemplación de lo porvenir; enardecido por el sentimiento de su profundo misticismo; eterizado casi por el ejercicio de las puras ideas; al desprenderse el alma estática del débil cuerpo como se desprende una aromosa esencia del cáliz de las flores; descubre, á través de ruinas apocalípticas, de astros reducidos á cenizas, de soles hechos pavesas, de cielos enrollados como pergaminos al fuego, de ángeles exterminadores venidos como murciélagos en la última tarde del viejo universo carcomido y deshecho, un universo más espléndido, sobre el que extiende sus alas misteriosas la tercera Persona de la Trinidad, que envíe una revelación nueva, la revelación de Espíritu-Santo, superior á la revelación bíblica del Padre, superior á la revelación evangélica del Hijo; porque dirigiéndose á mundo más perfecto y á humanidad más progresiva, se inspirará en amor encendido y se manifestará en las lenguas de fuego de la nueva ciencia; sustituyéndose á la letra que mata la idea que regenera y vivifica. Para llevar esta doctrina por el mundo, formarése una hermandad religiosa, en la cual no habrá ni sacerdotes ni sabios, puesto que todos los hombres participarán de una verdad, no grabada en mármoles con buril, ni escrita en papeles con tinta, sino grabada y escrita en los corazones con sangre de los mártires. El Espíritu-Santo se mezclará con el alma de

cada hombre redimido; las aristocracias mediadoras entre la tierra y el cielo habrán acabado para siempre; la revelación interior ó de pensamiento sustituirá á la revelación exterior ó de palabra; la religión dejará el culto externo para convertirse en una serie de contemplaciones interiores y de arrebatos íntimos; y derribadas por el suelo al par de las potestades infernales, las potestades terrestres, Reyes, Emperadores y Papas, el planeta se convertirá en una República de hermanos, bajo la dirección y la providencia de un solo Dios, que nos iluminará y nos sostendrá continuamente desde la insondable eternidad.

Estas ideas iluminaron el espíritu de aquel entusiasta joven allá en el seno de su santa soledad. El predicador de los monasterios se elevó en virtud de esto á profeta y apóstol de las gentes. A la edad de 22 años apareció en Ezwikan, población de Turingia, donde predicó la necesidad de completar la revolución religiosa, con la revolución social por medio de revelaciones permanentes que comuniquen el espíritu divino á todas las gentes. A pesar de esta vaguedad mística resultaba su principal ministerio y su principal papel un ministerio y un papel esencialmente políticos. Y para la política contaba con dos virtudes fecundas, con exaltadísimo entusiasmo por las ideas y con desmedida ambición de realizarlas y de cumplirlas. Y en esta ambición exaltada no busquéis ni vanidad, ni envidia. Fuerte, sombrío, arisco, salvaje, ambicioso, exaltado, encubre todo esto con verdadero amor á su idea, y verdadera compasión por su pueblo. Y como sabía amar, ya lo hemos dicho antes, sabía también aborrecer. Jamás los privilegios del mundo tuvieron enemigo tan implacable. De un corte acabara con su lengua y con su espada todas las mitras, todos los capelos, todas las coronas y todas las tiaras. Parecíanle dos fortalezas, igualmente opresoras, el Estado y la Iglesia, confundiendo por tanto en común odio á los sacerdotes y á los Reyes. En su sentir, el espíritu debía tener una emancipación completa, el Evangelio una autoridad absoluta, la igualdad ante Dios debía ser el complemento de la igualdad ante las leyes. Y deseaba con tal viveza que no ponía espacio alguno entre el deseo y su realización, decidiéndose á intentarlo todo por la audacia y á cumplirlo todo por la violencia. Y mal podía perdonar ó exentar á los demás, quien no perdonaba ni se exentaba á sí mismo, puesto que había enagenado su libertad por su idea, de la cual era rendido adorador y humilde siervo. Imposible á un temperamento de suyo fogoso, el comprender las contemplaciones místicas, sino acompañadas de las acciones enérgicas. Su lógica en línea recta, no se detenía, no, ante ninguna consecuencia por absurda, ni su voluntad desenfadada, ante ningún obstáculo por insuperable. Inflamado él mismo, inflamaba con su palabra de fuego á todos cuantos le oían. La tempestad del Oreb, el carro relampagueante de Elías, las maldiciones de Isaias, los truenos y lamentos de Jeremías, todo lo amenazador, todo lo guerrero del antiguo lenguaje bíblico, palpitaba en sus discursos semejantes á un voraz incendio. Nada de facilidad, nada de facundia en su palabra; nada de fantasía, nada de arte en su forma; nada de inspirado ni de arrebatador en su genio; balbuceaba como un

tartamudo, vacilaba como quien nada tiene que decir al comienzo de sus discursos; pero cuando el furor de la indignación le sobrecogía, ni los aludes, ni las cataratas, ni las erupciones, podían emparejarse en fragor sublime con su tonante palabra. Arrojárónle de Turingia por sus ideas exageradas y se refugió en Bohemia, tierra propicia entonces á los sectarios y á los sectas, donde se presentó imitando á aquel Juan de Zinka, ciego, que dejara á los suyos en herencia su pellejo, para que lo curtieran y lo colocaran en un tambor, á cuyos redobles dispersaríanse de terror mortal los enemigos. Jamás los sacerdotes de las diversas Iglesias, fueron perseguidos con mayor cólera ni los opresores é infelices llamados á mayores desquites y venganzas. Todo le parecía sacrilego, todo lo que no fuera su Iglesia, por la cual estaba pronto á subir, no al trono, á la Cruz. En efecto, valor y valor heroico se necesitaba para presentarse como nuevo profeta, y profeta de guerra y de matanza, en aquel reino encendido por las antiguas profecías. Los sabios de la Universidad de Praga, y los ciudadanos principales de su municipio, lanzaron fuera de allí á tan peligroso huésped, temerosos de que estallase la pólvora esparcida por el suelo. Mas, fuerza es decirlo, como todas las voluntades enérgicas, se redoblaba la suya con el combate, y se enardecía con la persecución. Desde los comienzos de su carrera, tuvo presente á los ojos del alma la muerte, y con la muerte contó, antes que con el triunfo. Así comunicaba su pasión, como suelen comunicarse todos los fanáticos, por medio del entusiasmo. No debe, pues, maravillarnos que, al pasar nuevamente desde Praga á Ahtedt, las gentes corrieron desde treinta leguas á la redonda, para escucharlo y seguirlo, atropellándose en numerosas peregrinaciones. Sus arengas sostenían que Dios no está fuera de nosotros, sino en nosotros, y que el Evangelio no está en la revelación escrita de los libros sagrados, sino en la revelación interior de la conciencia humana. Para él no hay más diablo que los Reyes y sacerdotes, ni más infierno que la Iglesia y el Estado. Todo hombre tiene derecho á la felicidad. Todo partidario de la idea evangélica debe traducirla y encarnarla en las instituciones políticas. Al afán de predicar reunía el afán de organizar. Una imprenta, montada en la región que tenía por asilo, servíale para extender sus ideas por toda Alemania. Los príncipes de Sajonia corrieron á oírle, y se encontraron con que su regia presencia en nada ponía ni freno, ni aun reserva y límite á la desmedida palabra del predicador. Así es que le expulsaron del territorio, y le recogieron la imprenta. A los pocos días de este nuevo desastre, se presentó en otra ciudad, llamándose el martillo que rompe y el fuego que abrasa, como dispuesto á provocar una catástrofe que desquiciara la tierra y pusiera abajo lo que está arriba, y arriba lo que está abajo. Ido á Weimar por llamamiento del Elector de Sajonia, el cual le acusaba de fundar una sociedad secreta, tuvo que huir de nuevo entre las bromas de los doctores, que se reían de él, y las insolencias de los lacayos que le apedreaban. Refugiado de nuevo en Ahtedt, supo que el duque Jorge reclamaba su extradición, y ciñéndose un escudo, calándose un casco, asiéndose á

una lanza, desafió las cóleras del tirano á la cabeza de sus amigos, convertidos ya en verdadera legión. Pero, asaltado por tantas y tan numerosas emboscadas, dirigióse hacia Francia, tierra de libertad, y alojóse en Nuremberg, ciudad de grandes tradiciones. Allí mismo la saña enemiga le alcanzó, forzándole á dejar inmediatamente la ciudad. Era de ver aquel joven, menudo de cuerpo pero hermosísimo de rostro, con sombrero de fieltro blanco, su dorman rojo de grandes pliegues, su barba cortada á la usanza oriental; acompañado de su tierna mujer, seguido de sus amigos que se colocaban en torno suyo, recorriendo todas las regiones y llamando á todas las puertas.

Cinco meses anduvo errante por Alemania, sin tener una piedra donde reclinar su cabeza y sin tener una casa donde recoger su persona, perseguida y acosada como una fiera. En esta vida errante, tuvo un hijo, y como los que le rodeaban le echasen en cara la indiferencia con que recibiera aquel presente del cielo, dijo que él era casi un sér abstracto, como son abstractos los principios. En la natural disposición de los pueblos á recibir entonces las nuevas ideas, surgían predicadores; organizábanse partidos; corrían de un lado á otro cohortes armadas; forzabase una verdadera confederación, la cual tenía por objeto numerar y contar á los verdaderos fieles, expulsando y persiguiendo á cuantos no compartían sus ideas y sus aspiraciones. «Nada de ambages, decían; todos los señores, que dictan órdenes arbitrarias, porque así les pasa por la cabeza, y que imponen tributos, tarifas, peajes; todos corruptores, malversadores, cohechadores, merecen el nombre de bandidos. Y una pronta extrangulación debía matarlos á esos sucesores de Moab, de Adag, de Acab, de Phalaris y Nerón. Las Santas Escrituras no los llama servidores de Dios, sino serpientes y lobos. No temáis nada, jornaleros; uníos, y no retrocedáis jamás. Si retrocedierais, os perderíais vosotros y perderíais á vuestras mujeres y á vuestros hijos. Los que teman la muerte, quédense en su casa. Mil resueltos valen por cincuenta mil indecisos. Si no vencéis en este combate ¡ay de vosotros y de vuestros hijos! Antes de la guerra prestabais corvea con vuestros caballos y bueyes, después os uncirán al carro y á la carreta; antes de la guerra levantabais un seto para preservar vuestros campos de la caza, después os forzarán á sostener y alimentar la caza en vuestras propiedades; si antes os han arrancado los ojos, después se los arrancarán á quienes os guían; si antes habéis sido siervos, después seréis esclavos. ¡Ah! Os venderán como se vende un caballo ó una vaca. En cuanto respiréis, prenderán vuestros cuerpos como rebeldes, os privarán de luz y de alimento; y después de haberos hecho pasar por el potro, concluirán por empalaros. Vuestras hijas serán mancebas de vuestros opresores, y vuestros hijos lacayos, obligados á llevar sus propias hermanas á los déspotas, para que las violen primero y luego las despidan y las arrojen como un limón, al cual se le ha sacado el zumo. Mirad que sólo podéis ser vencedores. Vuestra vida es peor mil veces que la muerte. No prestéis atención á la voz de esos hombres, empeñados en probaros con textos del Evangelio que, teniendo el derecho de